El destrozo causado por la teología liberal

Mons. Tihamér Tóth

EL DESTROZO CAUSADO POR LA TEOLOGÍA LIBERAL

MONS. TIHAMÉR TÓTH

A todos les habrá llamado la atención el hecho peculiar de que los esfuerzos antirreligiosos de nuestra época, aunque se diga que van dirigidos contra "la religión" en general, únicamente atacan, con una insistencia que no deja de sorprender, a la religión católica. Cuantas veces a un periodista se le ocurre redactar aquí un escándalo sacerdotal, como si lo presenciara "en Patagonia", cuantas veces se publican espeluznantes cuentos de conventos (sin indicar, como es natural, ni lugar ni nombre), el sacerdote enzarzado en el escándalo es siempre católico, y de monjas católicas es el claustro bochornoso.

Este ataque concentrado que los enemigos de "la religión" dirigen únicamente contra el catolicismo es el reconocimiento claro de los profundos valores y de la pulsante fuerza de vida que laten en nuestra santa religión. Los que atacan la religión se hacen *eo ipso* enemigos del catolicismo por la convicción de que solamente con la destrucción del catolicismo —que es el primer propagador y defensor de la vida religiosa— podrán lograr su fin propuesto, la extirpación de la religión.

Observemos la estrategia del adversario. No hay que buscar dónde se hace befa del pagano, que va dando vueltas a la máquina giratoria con que contar el rezo; ni del faquir, que se atormenta a sí mismo; ni del derviche, que cae de vértigo a fuerza de bailar; es natural que los pregoneros del neopaganismo vean cierta gracia en las prácticas de los paganos antiguos.

Pero veamos si por casualidad se hace befa de las costumbres religiosas de los judíos o del oficio divino de los protestantes. Con sorpresa, vemos que los ataques se dirigen, casi sin excepción, contra los dogmas contra los dogmas, instituciones, organización, sacerdocio y ceremonias de la Iglesia católica.

El hecho de que ni la media luna ni otro emblema religioso, sino únicamente la cruz de los católicos, sea mota en los ojos de los enemigos de la religión, demuestra de la manera más elocuente que, en medio del oleaje y de las corrientes de incredulidad, tan sólo la enseñanza católica sirve de garante para la conservación del tesoro más sagrado de la humanidad: la religión.

¿Y al protestantismo? ¿Por qué no se le ataca también? ¡Es una religión cristiana!

Las corrientes radicales causaron un destrozo de tales proporciones en el seno del protestantismo, que el mismo enemigo juzga superfluo apresurar con ataques especiales el proceso de descomposición, que ya está en plena marcha.

En el presente estudio queremos mostrar ese decaimiento, esa descomposición espiritual. No es la alegría de ver el daño ajeno la que dicta estas páginas. Aunque el decaimiento del protestantismo sirve de brillante apología al catolicismo, no es para alegrarnos de su destrucción, porque el enervamiento del protestantismo significa ahora el incremento de la incredulidad: "La disolución del protestantismo supone la evolución de la infidelidad..., de la infidelidad fría, sin corazón, temeraria." (DUNN).

No se funda nuestro estudio en las circunstancias de Hungría. Ciertas corrientes espirituales nos llegan con retraso. Por esto, el protestantismo húngaro no sufre todavía una destrucción tan profunda como el protestantismo alemán, socavado por el radicalismo, y al que dedicaremos nuestra especial atención.

Las líneas que siguen se ceñirán a indicar hechos, y probarán que nuestra impresión respecto del protestantismo alemán no es una visión sombría, una pesadilla. No es extraño que la destrucción a que hemos aludido no haya llamado más la atención, porque las tesis del radicalismo pocas veces suelen verse reunidas como se hallarán en nuestro estudio; además, los que las propalan son maestros en ocultar sus doctrinas *nuevas* bajo formas antiguas, que para ellos nada dicen ya, pero que son muy apropiadas para tranquilizar a los conservadores.

La rama desgajada se marchita. El protestantismo, separado violentamente del árbol del catolicismo, no puede esperar otro destino.

Sus fundadores fueron todavía "vírgenes bastante prudentes" y se llevaron consigo aceite de la casa paterna. Las enseñanzas de la Iglesia primitiva, los símbolos y las definiciones de los primeros siglos cristianos todavía siguieron ardiendo en sus lámparas. Mas estas lámparas de repente empezaron a palidecer, a parpadear; el aceite iba agotándose, y hoy día la lámpara está en muchos lugares a punto de apagarse por completo.

La investigación bíblica completamente libre, la interpretación de la Sagrada Escritura según el criterio de cada cual, la falta de una autoridad suprema que falle las cuestiones dudosas, han ido preparando el terreno para la orientación liberal, la cual —llevando en su bandera el lema de RENÁN: *"Il n'y a pas de surnaturel"*, lo sobrenatural no existe, empezó a echar por la borda las piezas más valiosas de la herencia materna, un dogma tras otro dogma.

Bajo el lema de que es necesario valorizar los resultados de la investigación más moderna y acomodar las doctrinas antiguas a los postulados de los tiempos nuevos, empezó su camino la crítica religiosa radical, y llegó al punto en que ya no es sagrada la enseñanza más clara de los libros inspirados, no hay obligación de aceptar el símbolo apostólico, es lícito poner en tela de juicio la divinidad de Cristo. Las grandes controversias en el terreno de los dogmas, el principio casi proverbial de que "cuantos pastores, tantas creencias", vienen a ser triste repetición del enfriamiento de los planetas separados de su centro.

Se ha coqueteado tanto con el lema de la investigación individual, se ha repetido tantas veces que cada cual tiene derecho a volar para "platicar a solas" con Dios, que llegaron a quemarse las alas de Icaro, y los atrevidos pilotos cayeron en esa aridez, donde no queda sitio para el "Cristo de la fe", ni siquiera para el "Cristo de la historia"; donde hasta las sublimes leyes morales del cristianismo no son más que prescripciones provisionales y el mismo Padrenuestro es una oración interina. ¿Que el Cristo histórico no fue en realidad como la fe fanática le dibujó en el Evangelio? Claro, ni siquiera vivió. Ni vivieron los apóstoles. Se inventó la existencia de los Doce únicamente para menguar la influencia de Pablo. Tampoco vivió Pedro. No es más que la personificación de algún dios de los peñascos. Estos cuentos y otros similares se han ido repitiendo.

En un terreno en que solamente pueden guiarnos la mayor reconcentración espiritual y la orientación de los letreros puestos a la vera del camino por largas centurias, no se erige impunemente en señor el "dilettantismo" individual. Quien ataque al mismo Cristo, que nos fue dado por Dios como piedra angular, no ha de sorprenderse, si luego ve caer todo, el edificio de la religión; ese tal no ha seguido la admonición dirigida por TERTULIANO a los gnósticos: Respeta por lo menos esta única esperanza de la pobre humanidad. *"Parce unicae spei totius mundi."*

Y si la fe pascual es simple alucinación, si no tiene fundamento en la resurrección verdadera, ¿por qué ha de ser un imposible aceptar la fe en Jesús sin creer en el Cristo histórico? ¡A tal extremo se ha llegado por la fuerza de la lógica! No fue sólo el proceso de desarrollo lo erróneo; el mismo fundamento, el principio fue el primer error; así se llegó hasta el punto en que las fuerzas centrífugas amenazan con destruirlo todo. '

¡Trágica y extraña suerte!, precisamente el principio de la investigación libre, que abrió la puerta al subjetivismo desenfrenado y llenó de tanta orgullo a los protestantes —es su monopolio—, fue el que condujo a muchos de ellos al hambre espiritual, a ese estado que pacta con todo, que no se aferra a tesis firmes, generalmente aceptadas, estado que HARNACK hubo de caracterizar con estas palabras: "Estamos divididos; cuantas cabezas, tantas opiniones."

Uno de los caudillos más insignes de la teología positiva, Theodor Kaftan, superintendente general, en el libro que publicó con motivo del jubileo de Lutero, en el año 1917, se vio obligado a reconocer que las apariencias justifican mucho el sentir de aquellos que ven en el protestantismo una institución en vías de descomposición ("Hoy día estamos rodeados de fanatismo, saturados de fanatismo como nunca lo estuvimos" —escribe desalentado—.

Por esto no pueden los protestantes mantenerse frente a las conquistas de la incredulidad. Heine dijo en cierta ocasión, al ver una sublime catedral gótica, que solamente pudieron construirla unos hombres que tenían dogmas; pero que los hombres modernos no tienen más que opiniones y con opiniones no es posible levantar catedrales. Nosotros podemos añadir que con opiniones no es posible tampoco luchar contra la corriente general.

En realidad, son tan grandes las divergencias doctrinales entre ciertas sectas protestantes, y no pocas veces entre las comunidades, que a excep-

ción de su antiguo rasgo fundamental, el de protestar contra todo lo positivo, apenas les queda alguna creencia común. La definición que Buchmann dio del protestantismo está muy cerca de ser la pura verdad: "El protestante es un hombre que no rinde culto a los santos y come carne los viernes". Pero... el alma no puede exclusivamente de lo negativo.

Ante el actual proceso de descomposición, ¿podría repetir el doctor Graue, rector superior, lo que, alardeando, escribió en 1892? "Mientras que la moral católica consiste en una obediencia de esclavo a los decretos del papa y a las prescripciones de los sacerdotes, para nosotros, los protestantes, la libertad de espíritu es el fundamento esencial de toda moralidad verdadera."

Esta "libertad de espíritu", que en vista de los hechos nosotros traduciríamos por "libertinaje del espíritu", ha llegado ya al extremo de que la teología moderna de los protestantes cita ya ante su tribunal, como reo de falsificación, a aquel San Pablo, que, según la teología protestante antigua, fue el que dio cima propiamente a la obra de Cristo. Le acusa de haber sido el primero que divinizó a Cristo, cuando Cristo no afirmaba —según ellos— que tenía naturaleza divina, y no hacía más que proponernos la vivencia sincera de los más profundos sentimientos religiosos.

Fieles a su nombre, los protestantes no cesan todavía de protestar contra Roma, y pregonar con el Dr. Gummi, el pastor más prestigioso del protestantismo checo, que "ni siquiera el poder de la incredulidad es tan peligroso como Roma... Roma es la enemiga más grande de la verdad cristiana" (discurso pronunciado por el Dr. Gummi en el Congreso de la "Deutsche-Evang. Bund für die Osmark", celebrado en 21 de septiembre de 1913). Precisamente, la falta de una firme autoridad magisterial fue motivo de que el protestantismo no pudiera resistir a las corrientes de la incredulidad. El racionalismo de la época de la Ilustración hizo conquistas también en las cosas de religión; al mismo tiempo que rechazaba la autoridad de la Biblia, se incoó el proceso que, con la supresión gradual del elemento sobrenatural y con la negación apriorística de la posibilidad de tal elemento, hizo del protestantismo una religión meramente natural.

Kant, "el filósofo del protestantismo", hace de la religión un postulado de la razón práctica, cuyo fundamento principal, la existencia de Dios, no puede demostrarse por la razón pura. La escuela de Tubinga, teniendo por jefe a Baur, llena del idealismo de Hegel al protestantismo, le satura de esa teoría evolucionista que ve en el cristianismo una formación histórica de la idea religiosa de la humanidad, sin fundamento objetivo,

sobrenatural. Frente a ese hegelianismo extremo surgió la religión sentimental de Schleiermacher, fundada en el panteísmo.

Los efectos de esas corrientes y críticas diversas persisten aún hoy en el protestantismo, que en muchos lugares sólo se salva del peligro de precipitar a sus secuaces en el escepticismo y materialismo completos mediante la adhesión a ciertas exterioridades heredadas.

No afirmamos que todo el protestantismo sea así. Tampoco negamos que entre los protestantes haya personas de buena voluntad y de un carácter que merece respeto. Lo triste es que frente a la orientación, que mantiene las antiguas doctrinas religiosas, vaya levantando cada vez más la voz al radicalismo teológico, al que la moderna incredulidad puede saludar como compañero de armas.

Los más serenos representantes de la teología liberal se detienen espantados ante los resultados; mas no pueden sacudir de sí el peso de la responsabilidad histórica, que pesa sobre ellos, por haber tocado con manos sacrílegas la aureola divina que ciñe la frente de Cristo. Se comprende que, espantados por las consecuencias últimas —a que se ha de llegar por la fuerza inexorable de la lógica—, apelen al testimonio de todo el cristianismo primitivo contra las destrucciones causadas por los "cosacos" radicales, que niegan la existencia histórica de Cristo.

Y sin embargo, esta arma se vuelve también contra ellos, porque el cristianismo primitivo no solamente pregona la existencia de Cristo, sino que con la misma unanimidad proclama también su divinidad. Y si la divinidad de Cristo —conforme lo enseñan los liberales— no es más que una imagen superpuesta al Cristo histórico, ¿no podrá ser todo el Cristo histórico una mera imagen de la fantasía, como lo afirman los radicales, una simple leyenda, según lo afirman Dews y sus compañeros atacados de "mitologitis"?

La lógica es inexorable: quien grita "¡Separémonos de Roma!", un día u otro llega también a gritar “Separémonos de Cristo”. Paso a paso han ido borrando del rostro, de Cristo los rasgos característicos con que lo presenta el Evangelio y cristianismo primitivo. Primero borraron los rasgos divinos, sobrenaturales. Y luego no les fue posible ya detenerse en la pendiente.

Nietzsche descubre en la obra de Lutero la semilla de la descomposición... y escribe: "... entregó a todos los libros sagrados... y así éstos

llegaron a parar en manos de los filólogos, es decir, cayeron en manos de personas que destruyen toda clase de fe fundada en los libros.

Destruyó el concepto de "Iglesia" al suprimir la fe en los concilios, porque el concepto de "Iglesia" sólo tiene fuerza si el espíritu inspirado que la fundó sigue viviendo en ella y va construyendo la casa.

Devolvió al sacerdote el comercio sexual con la mujer; mas la veneración que el pueblo —y principalmente la mujer del pueblo— tiene al sacerdote se funda, por lo general, en la creencia de que quien es un hombre excepcional en este punto, lo es también en los demás.

Después de devolver la mujer al sacerdote, hubo de suprimir la confesión auricular, lo que psicológicamente era muy justo; pero así suprimió fundamentalmente el sacerdote cristiano, entre cuyas ventajas figura la de tener los oídos santos, mudos los labios y ser como un sepulcro para los secretos..." (*Protestantisches Akad. Bonifatius-Korrespondenz*, 1918-1919, pág. 21.)

Dirijamos ahora una mirada más detenida y profunda al taller de la teología radical. Estudiemos por lo menos una de sus enseñanzas, la que viene a ser un dogma de esta teología; así comprenderemos la aridez espiritual a que fueron arrastrados sus secuaces. Pasando por alto muchas cuestiones de detalle (por ejemplo, la crítica del Evangelio, la organización de la Iglesia antigua, etc.), detengámonos en ésta, que es de importancia fundamental para todo el cristianismo; me refiero al llamado "problema de Cristo". Lo estudiaremos en su estado más moderno.

La teología protestante radical ha conmovido la fe en la divinidad de Cristo y en su existencia histórica; una vez sacudidas estas creencias, ni siquiera se puede hablar ya de religión cristiana; se ha hundido en el mar de la incredulidad.

Pero antes de entrar en esta cuestión, dirijamos una ojeada a los libros del Antiguo Testamento, que sirven de preparación al Nuevo; tampoco los respetaron los radicales.

Wernle, catedrático de Basel, resume en su libro *"Introducción al estudio teológico"* los resultados de la crítica histórica protestante. Podemos seguirle con tranquilidad en lo que hace a los datos, porque escribió su libro para manual de los teólogos protestantes.

Veamos, pues, qué cosas estudian los teólogos protestantes.

En la religión anterior a los profetas encuentran todo un cúmulo de religiones. Ahí está la religión completamente primitiva; aparece toda una

serie de Yahvés, que son divinidades locales, por ejemplo, en Dan, en Betel, etc. Reliquia del antiguo culto de los muertos y ascendientes es el considerar que se contrae impureza con tocar a un muerto; la prohibición de ciertos manjares y las prescripciones de purificación sexual proceden de una concepción demoníaca del mundo; la prescripción de abstenerse de ciertos animales impuros se remonta al culto de los animales. Dios goza realmente de los sacrificios, y éstos influyen en El.

También estudian el elemento anguo-semita, como, por ejemplo, el éxtasis de los profetas, la prostitución religiosa, el servicio en el altar babilónico del Nebo-Sin. Aquel Jahvé con quien está luchando Jacob —según ellos— una divinidad fluvial; Sansón, una divinidad solar, y Jefté es también una divinidad, a quien se sacrificaban vírgenes. La historia de la infancia de Moisés la encuentran en la mitología asirio-greco-persa.

Estudian luego la fe peculiarmente israelita en Jahvé. Esta idea de Dios fue formándose despacio. Al principio, ese Jahvé era el dios del trueno y de la guerra (Sinaí, el cántico de Débora, etc.); luego fue un dios de profecías (urim y tummin), y finalmente el Dios de la alianza.

El arca de la alianza contendría quizá una antigua piedra sagrada (cf. el Caaba de los árabes), o quizá sería la carroza babilónica de la divinidad. El Jahvé de los judíos es un "baal", uno de tantos, que unas veces se imponía a los demás, y otras reinaba juntamente con ellos.

Las historias del Génesis —según la teología radical— se aplicaron a Jahvé más tarde —durante el exilio o después del mismo—, así como las ideas religiosas posteriores fueron retroproyectadas a los tiempos de Moisés y de David. Judá, Rubén, Leví, Benjamín, Esaú, Edom, Moab, Amón, etc., no vivieron nunca, y deben su existencia ficticia al esfuerzo de hacer remontar la historia de las tribus a unos personajes insignes (*heroes eponimoi*).

Es muy dudoso si Moisés fue o no un personaje histórico. Lo cierto es que la ley no tiene nada que ver ni con Moisés, ni con el desierto. Abraham probablemente era una divinidad lunar venerada en Hebrón; sus 318 siervos (Génesis 14, 14), significan los días del año lunar, que tienen el mismo número si se descuentan los treinta y seis días en que no se ve la Luna. "¿Reseña el Génesis historias o leyendas? —pregunta H. GUNKEL— Esta cuestión ni siquiera es cuestión para el historiador moderno.

Con el Deuteronomio entra en escena la religión artificial, de pura literatura. Es la época en que se falsifica la historia, y todo se juzga desde el punto de vista de fidelidad a Dios. Esa luz tardía, espiritual, transforma a David, "rey antiguo, de tiempos bárbaros", en un hipócrita repulsivo. Ningún salmo procede de él, todos son postexílicos, y quizá en su mayoría datan tan sólo del tiempo de los Macabeos.

En la religión judía mezclan estos flamantes teólogos diversas leyendas extrañas, principalmente babilónicas: la historia de la creación, la construcción de la torre, el diluvio, Enoc, los "filii Dei". Quizá sirvan de modelo a la religión judía el derecho de Babilonia (Hammurabi), los salmos penitenciales babilónicos, los salmos y proverbios egipcios.

Finalmente llega el helenismo: el libro de la Sabiduría, Filón y el Evangelio de Juan. Todo cuanto se refiere a la corte celestial, al mundo con pisos superpuestos, a los ángeles y demonios..., todo es del tiempo postexílico. Este es también el suelo en que tiene su raigambre el Cristo del Nuevo Testamento.

El único elemento nuevo son los profetas, con su crítica del culto, con la ayuda prestada a los pobres y la pomposa presentación del cuadro escatológico; pero quizá su escatología —de sanción y de salvación— sea algún mito antiquísimo y se haya redactado después del destierro; porque los libros de los profetas sólo nos llegaron en transcripciones postexílicas. Por ejemplo, el libro de Isaías, así como lo tenemos en la actualidad, es el resultado de todo cúmulo de profetas...

Tal es la doctrina de la crítica histórica protestante respecto del Antiguo Testamento. Si es exacta la frase antigua: *in Veteri Testamento Novum latet*, en el Antiguo Testamento está latente el Nuevo, ya podemos sospechar lo que dirán de éste los críticos protestantes.

Podemos resumir brevemente las afirmaciones de la crítica bíblica respecto del Nuevo Testamento en lo siguiente: Cristo —si es que ha vivido— no fue Dios. Fue un hombre como nosotros, cuyo Evangelio —ya de suyo difícil— fue llenado de leyendas y milagros inventados. El fundador del cristianismo o de la Iglesia es San Pablo; él inventó las doctrinas referentes al hombre pecador y regenerado y a la redención. El evangelio paulino de Juan no puede servir de fuente histórica. El cristianismo de las comunidades que siguieron a la era apostólica es una mezcla de las religiones babilónica, egipcia, griega y antiguo judía.

Consideran que el nacimiento sobrenatural de Cristo es un trozo de mitología pagana, que ni siquiera fue conocido de los primeros cristianos y que apareció más tarde en los escritos del Nuevo Testamento. Una de las principales tesis de los radicales es la negación apriorística de todo milagro. Por esta idea fija se explica también su posición contraria al nacimiento sobrenatural de Jesús. J. Weiss pregona abiertamente que el pensar moderno se rebela contra la idea de que Dios, para poder enviar su Hijo a la tierra, se viera obligado a cambiar la vía normal del nacimiento del hombre. "Precisamente —escribe— el no haber sido Jesús nada más que *el Hijo del hombre*, como todos nosotros, y no obstante haber sido el Poderoso, es la Grandeza en que nosotros sabemos profundizar con alma devota." El que Jesús sea el Hijo de Dios e significa únicamente que habló de Dios como nadie había hablado todavía. De suerte que en el llamado nacimiento sobrenatural es éste el meollo religioso, que aun hoy día puede aceptarse.

Por lo demás, Jesús era un hombre tan pecador como nosotros. Argumento principal: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios".

Otro sabio de los más insignes del protestantismo, Harnack, dice: “Cualquier afirmación respecto de Jesucristo, que no se ciña al marco de su humanidad, es inaceptable, porque está en pugna con la figura histórica del mismo. La doctrina referente a las dos naturalezas es insostenible, porque contradice al conocimiento histórico y al conocimiento de cualquier orden posible. Lo cierto es que no ha aparecido ningún Dices, que no ha muerto ni resucitado un Dios".

Una de las empresas más difíciles —dicen los críticos protestantes— es depurar la figura de Jesús de esa poesía en que la envolvieron inmediatamente después de su muerte las primeras comunidades. Ni siquiera es posible escribir "la vida de Jesús", porque no conocemos su desarrollo interior. Lo que hoy día sabemos referente a Él no es más que la creencia de los discípulos posteriores, creencia que tiene un valor histórico asaz menguado e incierto. El Evangelio puro de Jesucristo pregonaba poco más o menos lo siguiente: 1º, el reino de Dios está cerca; 2º, hemos de creer en el Padre celestial, bueno y perfecto; 3º, se nos exigen ciertas condiciones morales para entrar en el reino de Dios (arrepentimiento, fe; es decir, confianza filial, humildad, etc.); 4º, el juicio final y la vida eterna.

La muerte de Jesús no fue una muerte expiatoria; El no previó su muerte, ni se consideraba Mesías. El mesiazgo era una idea nacional de los

judíos. Con guardar silencio delante del juez reconoció Jesús su culpabilidad.

Esta es la imagen que se forma de Cristo el nuevo protestantismo.

¡Qué diferencia hay —como del cielo a la tierra— entre la imagen que se formó de Cristo Lutero y la imagen que nos presentan los protestantes modernos! Uno de los conspicuos, Troeltsch, confiesa abiertamente que "la posición absolutamente central de Jesús y su divinización se hicieron imposibles con el abandono de la concepción geocéntrica y antropocéntrica del mundo... Debemos renunciar a hacer de Cristo el punto céntrico del universo y aun de la historia humana. Es posible que el cristianismo decaiga con el decaimiento del mundo cristiano europeo. En las edades futuras de la humanidad, quizá después de una nueva era de hielo, surja también una nueva fuente de luz (es decir: Redentor)".

¿Cómo llegó Cristo a ser Dios? Nos lo dice el Dr. Schulze, profesor de Brandenburgo, en un artículo intitulado *"¿Quiso Jesús pasar como Mesías?" (*17-6-1914).

Naturalmente, Jesús —según afirma este autor— no pretendió ser el Mesías, por más que lo afirmen los Evangelios. Estos no son fuentes históricas, sino libros de edificación —poesía y verdad— redactados para fomentar la veneración de la persona de Jesús. Llama la atención —escribe Schulze— el hecho de que Jesús prohibiese que le llamaran Mesías. La idea mesiánica es una interpolación posterior: Jesús no quiso ser nada más que profeta; Él mismo esperaba la llegada del Mesías. Si en Israel todos esperaban al Mesías, por qué no había de esperarle el más piadoso de los israelitas?

El primer paso para la divinización de Jesús se debe a la idea de la resurrección. ¿Cómo llegaron los discípulos a esta idea? Por la impresión que les causó la personalidad del Maestro, sublime aun en la Pasión y muerte. A la fantasía oriental, inclinada a soñar —sugestión de masas— y a ciertas noticias propaladas por mujeres, se debe la figura del Cristo resucitado. ¿Dónde está el Maestro? Volverá todavía "sobre las nubes del cielo" y "juzgará a vivos y muertos". He ahí el camino natural del desarrollo del dogma.

Si Jesús fue realmente el Mesías, tenía que serlo ya durante su vida Lo pensaron sus fieles y empezaron a introducir ideas mesiánicas en la vida del Maestro. No basta para impedir este proceso de desarrollo el

Evangelio de San Marcos (escrito, probablemente, en torno del año 70); en los evangelios posteriores, en el de Lucas y Mateo, ya vemos nuevos grados de desarrollo; se introducen la historia de la infancia y la genealogía, se multiplican las reseñas relativas a la resurrección, hasta que con la doctrina del Logos se da cima a la divinización completa del Mesías. Conociendo este proceso, se comprende el doble aspecto de la figura de Jesús —divino y humano—, tal como aparece en los sinópticos; si quisiéramos reducirlos a un cuadro unificado, el resultado sería una caricatura.

Resumiendo: Jesús no hizo más que colocar en medio de la historia ciertos sentimientos respecto de Dios: intimidad con Dios, amistad de Dios, filiación divina... Esta es la doctrina de Jesús. "De todo lo demás que fue pegándose al Cristianismo —así termina Schulze su artículo—no podemos hacerle responsable a Él."

Este artículo es uno de los numerosísimos estudios que, debidos a la pluma de autores protestantes, se apoyan en el concepto fundamental de que el elemento sobrenatural debe rechazarse a priori. Los que siguen esta orientación no podían dudar de que este axioma importantísimo, que la teología radical se apropió, tenía que acabar con la negación del milagro, de la resurrección, de la revelación divina, es decir, con el abandono completo del cristianismo positivo.

El doctor Paulsen, en el número de Navidad de 1906 de la publicación liberal Christliche Welt, "Mundo cristiano", *¿Qué creéis de Cristo, cuyo hijo es?*—, afirmó que para "el hombre que piensa científicamente ya no puede ser dudoso que el antiguo dogma en eclesiástico... es incompatible con pensar científico.” Fundándose en la negación del elemento sobrenatural, W. Bousset afirma que en adelante no será lícito sobreponer la religión cristiana —por su carácter de religión revelada— a las demás religiones.

Para mostrar a qué ceguera puede conducir ese espíritu parcial, basta aducir un solo ejemplo: la doctrina liberal relativa al Evangelio según San Juan. La causa principal por la cual los liberales dudan de la autenticidad del cuarto Evangelio, a pesar de tantos argumentos que la prueban, es que dicho Evangelio pregona de un modo innegable la divinidad de Cristo. Es imposible —dicen— que Juan sea su autor. "Que aquel apóstol, que según el Evangelio fue discípulo amado y estuvo reclinado sobre el pecho de Jesús en la Cena, considerase todo lo de su vida como una convivencia con

el Logos divino humanado y lo presentase como tal, es... un enigma" — escribe Weizsäcker.

Es natural, pues, que ese Jesús, simple hombre, no pudiera obrar milagros ni ver el porvenir. El elemento milagroso, que ha ido pegándose a la figura de Jesús, tiene que explicarse por causas naturales o considerarse como retroproyección del sentir de épocas posteriores. Y todas las profecías atribuidas a Jesús son, según Guillermo Wrede, el sumario de la Pasión ya acaecida..., que se proyecta en el porvenir. También, según Jülicher, "las palabras que los sinópticos ponen en boca de Jesús, como las frecuentes alusiones a la futura Pasión, por su monotonía y falta de vida, carecen de credibilidad".

La primera modificación que la teología radical introdujo en la concepción antigua referente a Cristo fue ésta: Cristo no es Dios, sino mero hombre, aunque es la flor y nata de la humanidad, el primero entre todos los hombres que han vivido o vivirán. No es Dios, pero se levanta a una altura incomparable sobre los demás hombres.

Al principio los creyentes fueron realmente inagotables en ensalzar la persona y la doctrina de Jesús; naturalmente, la doctrina que cada cual le atribuía; pero luego no supieron qué hacer con esta figura de Cristo, que no era lícito considerar como Dios, pero tampoco se le podía encuadrar entre los hombres. Todos le querían para sí. Uno veía en Cristo a un poeta; el otro, a un fanático; el tercero, a un héroe que luchó por la dignidad humana; el cuarto, al caudillo de una nueva secta; el quinto, al primer socialista; el sexto, a un pedagogo insigne; el séptimo, a un nacionalista librepensador; el octavo, al panteísta...; el centésimo al superhombre...

Pero si Cristo *no fue más* que hombre, un hombre que tan claramente, y muchas veces en circunstancias asombrosamente graves y solemnes, manifestó ser Hijo de Dios, conocer de un modo especial al Padre y tener la misión de darlo a conocer a los demás, había de llegar el día en que la crítica propusiera esta cuestión: ¿Es compaginable esta conciencia con un entendimiento sano, equilibrado, de vista clara? Con esto, llegó la crítica a una nueva etapa: puso en duda la normalidad mental de Jesucristo.

DATTID STRAUSS ya había afirmado que Cristo vivió con la idea "aventurera" de que pronto aparecería sobre las nubes y, como Mesías, haría el juicio final. En *"La vida de Jesús"* (Tubinga, 835), llamó a Jesús soñador; y en la vida de Jesús refundida para el pueblo alemán (1864), consideró ya tan fuertemente "aventurera" la idea del segundo

advenimiento que "ya rayaba en locura". "El que espera que después de la muerte volverá como nunca ha vuelto hombre alguno, es para nosotros..., si no un loco, por lo menos, un soñador en muy alto grado".

En la literatura más moderna van repitiéndose, con frecuencia creciente y de un modo más concreto, las afirmaciones de Strauss. Y así como ya se publicaron libros que atribuyen rasgos enfermizos a la psiqué de Jesús (por ejemplo: H. I. HAMMAN *"La conciencia mesiánica de Jesús"*, 1907; HERMAN WERNER *"El Jesús histórico de la teología liberal, enfermo mental"*; así mismo se han escrito también obras médicas plagadas de afirmaciones similares.

La obra de De Loosten (doctor Georg Lomer) titulada *"Jesucristo desde el punto de vista del psiquíatra"* (Bamberg, 1905, pág. 104) afirma que el Salvador fue un enfermo mental, probablemente con defectos hereditarios. Lo característico de él eran un amor propio excesivo, una poderosa inteligencia, un sentido familiar y sexual poco desarrollados. La conciencia de su misión llegó a constituirse, poco a poco, en idea fija (págs. 90-91). Antes del prendimiento se apoderó de él una excitación muy fuerte. Bien sabía cuán atrevido era su juego; le atormentaban malos presentimientos. Solamente a ese estado anímico puede atribuirse la maldición lanzada contra la higuera (págs. 77-78). En la vida de Jesús las visiones y alucinaciones desempeñan un papel decisivo —lo que se comprende por la excitación de los sentidos—; por ejemplo, la visión que creyó tener con ocasión de su bautismo ejerció una influencia muy grande sobre toda su vida ulterior (pág. 36).

Según WILLIAM HIRSCH (*"La religión y la civilización, desde el punto de vista del psiquíatra"*, München), lo que sabemos de Jesús corresponde tan perfectamente al cuadro clínico de la "paranoia" que apenas se podrá dudar del acierto de tal diagnóstico (pág. 99). El proceso de desarrollo, según el mismo autor, fue éste: En Jesús niño —que tenía dotes intelectuales incomparables, pero que era también muy susceptible a perturbaciones psíquicas— la lectura asidua de la Sagrada Escritura suscitó ciertas ideas fijas. Bastaba el encuentro con otro hombre —que también padecía paranoia—, San Juan Bautista, para dar pleno desarrollo a sus doctrinas fantásticas. Su manía de grandeza es manifiesta. Sus discursos culminan en esta sola palabra: "Yo". Por ahí se explica que se considerara descendiente de la estirpe real de David. Los libros de texto que tratan de las perturbaciones mentales —escribe Hirsch— no podrían dar un cuadro clínico más exacto de la manía de grandeza —que va

desarrollándose paso a paso y llega a unas proporciones inauditas— que a vida de Jesús.

Según BINET-SANGLÉ (*"La locura de Jesús"*, tomos I-III, 1910-12), la confesión hecha por San Juan Bautista, las supuestas curaciones milagrosas, el entusiasmo de los apóstoles, etcétera, despertaron en Jesús la idea de que Él era el Mesías, el Hijo de Dios, el rey de los judíos. Las amenazas de los fariseos y de los escribas le inspiraron la idea de que Él era el cordero del sacrificio, el que borra con su muerte los pecados de Israel, y después de la resurrección, sube a los cielos. Durante su estancia en el desierto, el hambre, la soledad, el silencio, la monotonía, fueron causa de muchas perturbaciones en los sentidos de Jesús. Encontramos en Él también la tendencia desintegrante de los que padecen paranoia, por ejemplo, cuando oculta su dignidad mesiánica y cierta parte de sus doctrinas y cuando da respuestas evasivas a las preguntas que se le dirigen.

Emilio Rasmussen (*"Jesús. Un estudio psicológico comparativo"*, Leipzig, 1905) considera que Jesús era epiléptico. Julio Baumann (*"El carácter anímico de Jesús, según el moderno método científico, en especial, el psicológico"*, Leipzig, 1908) habla de los nervios excesivamente agitados del Señor. Osxar Holtzmann (*"¿Era extático Jesús? Una investigación para la vida de Jesús"*, Tubinga y Leipzig, 1908) le tiene por extático, entendiendo por éxtasis un soñar fantástico. Carlos Bethm, teólogo evangélico, descubre en Él las señales de una parálisis, por lo menos, incipiente. Según A. Jülicher, fue un soñador "que no se contentó, como el místico, con soñar tan sólo en sus ideales, sino que vivía y trabajaba con los mismos, los juzgaba cercanos hasta el punto de poderlos tocar con la mano", y así se engañaba a Sí mismo y engañaba a los demás.

Loosten descubre ya en Jesús niño un amor propio excesivo; funda su afirmación en el relato del Evangelio apócrifo de Tomás, según el cual un niño chocó con Jesús y éste le castigó con la muerte. Rasmussen ve una enfermedad psíquica en el hecho de que el alma agitada de Jesús oscila entre un miedo que renuncia a todo y un proceder sumamente agresivo; unas veces no se atreve a entrar en una ciudad, luego echa del templo a los mercaderes; a ratos, es manso y amable; a ratos, tiene odio enconado.

De esta oscilación sentimental deduce Rasmussen que Jesús era epiléptico; que su agonía en el huerto de Getsemaní fue realmente un ataque epiléptico, el llamado *petit mal*. Se desplomó, luchó con temor de

muerte; luego, repentinamente, se tranquilizó... Síntomas todos de ataque epiléptico.

Según Baumann, la circunstancia de que Jesús se complacía en estar solo es señal de que sus fuerzas se agotaban con facilidad. Lo demuestra también el hecho de haber muerto relativamente pronto en el árbol de la cruz. Y serían precisamente sus excitadas fantasmagorías las que destruyeron sus nervios.

Según Loosten, el mundo espiritual de Israel, en el tiempo de Jesús, era precisamente muy favorable a las fantasmagorías. Una parte de los israelitas, debido a la gran conmoción nerviosa causada por el dominio extranjero, padecían enfermedad mental. Además, Jesús estaba emparentado por parte materna con Juan Bautista, tenido por enfermo mental aun por muchos de sus contemporáneos. Santiago el Menor, pariente de Jesús, también era un fanático, según Loosten.

Cierta afinidad con esta imagen de Jesús tiene el Cristo escatológico presentado por Schweitzer, Loisy, etc.: oye continuamente las trompetas del juicio y está completamente embargado por el pensamiento de una próxima catástrofe mundial, la cual sustituirá el reino de este mundo por el reino de Dios, cuyo rey será Él.

* * *

Después de tantos destrozos como ha causado el radicalismo, al parecer no se puede dar un paso más. Sin embargo, en los tiempos modernos se ha dado el paso. Se negaba la divinidad de Jesús, pero se le concedía que Él era el ideal más hermoso, el hombre más perfecto. Esta tentativa no dio resultado. Entonces se afirmó que era fanático, endeble por nacimiento, epiléptico. Y no se tardó en llegar al término del trabajo destructor: se negó la existencia histórica de Jesús.

Algunos representantes de la crítica bíblica radical han afirmado que es imposible reconstruir la vida verdadera de Jesús con las fuentes de que conocemos. Según ellos, el ideario de San Pablo ya es una deformación del Evangelio. Mas si la historia de Jesús no es cosa cierta, se puede poner en tela de juicio su misma existencia. Hasta ahora solíamos unir el principio de los grandes movimientos religiosos con algún personaje insigne; mas hoy día prevalece el afán de ver en los personajes que descuellan nada más

que héroes míticos, sobre cuyas figuras retroproyectaron, ya hace tiempo, sus fieles las enseñanzas propias.

Podemos considerar como vanguardista de esta corriente a D. F. Strauss. Ciertamente, en su "Vida de Jesús" sólo negaba la existencia verdadera del "Cristo de la fe"; es decir, afirmaba que el Cristo, tal como lo presentan las comunidades en los Evangelios, nunca existió en realidad; mas Strauss quiso conservar aún el "Cristo histórico". Sin embargo, ya en el cuadro que trazó aparecen muy borrosos y se pierden en la niebla muchos rasgos de ese mismo Cristo histórico.

Si a Strauss todavía le repugnaba llegar al punto a donde tenía que llegarse por el camino emprendido, es, a saber, a la negación de toda la vida de Jesús, Bruno Bauer ya no se arredró de dar este paso en su obra titulada *"Cristo y los césares"*, editada en el año 1877. Ni siquiera intenta desatar el nudo que se ha ido formando en punto al "problema de Cristo" —que ni la teoría del engaño sostenida por Reimarus, ni la doctrina mítica de Strauss, han podido resolver satisfactoriamente—, sino que sencillamente lo corta, sacando la vida de Jesús del ambiente histórico, susceptible al control. Ni Jesús, ni siquiera sus apóstoles, son personajes históricos. De modo que no nos encontramos con un problema histórico, sino únicamente literario.

Un triste decaimiento de espíritu se apoderó del imperio de los césares cuando fracasaron las reformas de los estoicos —que querían mejorar el mundo—. De ese ambiente de decaimiento nació el cristianismo. Cuando el imperio romano se encontraba espiritualmente en el lecho de la agonía, el "espíritu del mundo" empezó a "vivir" la personalidad de Jesús. Mas ese Jesús no vivió en realidad sobre la tierra.

De los críticos que negaron la personalidad histórica de Cristo, quien levantó más polvareda fue Arturo Drews, catedrático de Filosofía en Karlsruhe, quien no solamente con su libro titulado *"El mito de Cristo"* (Jena, 1910), sino también con toda una serie de conferencias, cuidó de propagar su doctrina, cuyo breve sumario es esta frase: Cristo ni siquiera existió.

El lazo que Drews quiso lanzar contra la existencia del Cristo histórico está trenzado de dos ramales. Uno es la doctrina del matemático americano William Benjamin Smith referente al "culto de Jesús anterior a Cristo" (Giessen, 1906); el otro es la aplicación al cristianismo de unos

mitos muy extendidos en el Oriente que hablan de un dios que muere y resucita.

Según Smith y Drews, la vida de Jesús presentada por los sinópticos no es otra cosa que el colorido histórico de un culto muy arraigado en el Asia Menor ya antes de Cristo. Los cultos de Tamuz, Serpis, Marduk, Dionisio, Adonis, Atis, Cairis, Mitra, todos hablan de un dios que muere y resucita. De la mezcla de estos cultos con los diferentes movimientos populares judíos, con la filosofía popular greco-romana y con los esfuerzos sociales habidos en el imperio romano, procedió la religión cristiana. Aluden estos autores a Josué, relacionándolo con el "Malac-Yahvé", con el dios solar de Efraim y con la divinidad de la fecundidad; y en esa mezcla quieren descubrir los hipercríticos el culto de Jesús anterior a Cristo. Para probarlo, aducen también un himno naasen (una secta judía anterior a Cristo), en que Jesús figura platicando con el Padre. Mas ese himno es un producto gnóstico de la época posterior.

Kalthoff, pastor protestante de Brema, afirma que el Jesús presentado por los Evangelios y por San Pablo no ha existido nunca. Sólo queda margen para la posibilidad de que un varón llamado Jesús haya ejercido cierta influencia entre los judíos, mas de ninguna manera se le puede considerar "fundador de una religión".

Según Kalthoff, la figura de Cristo fue fraguada porque el movimiento proletario mesiánico del primer siglo cristiano neceéistaba ver realizados en una persona —aunque no fuera más que en un héroe ficticio— sus ideales. ¿Qué fue, por tanto, el cristianismo al principio? Un anhelo: el anhelo que las capas más bajas del pueblo tenían de liberación. Para ver realizadas las antiguas profecías que la prometían, se formaron un personaje. De modo que, según Kalthoff, no fue Cristo quien fundó una religión, sino que el anhelo ardoroso de la clase más baja del pueblo dio vida a la figura de Cristo.

En cambio, Jensen hace radicar la figura de Jesús en el héroe de la epopeya babilónica Gilgamés, el cual, después de la muerte de su amigo Eabani, por temor a la muerte, se puso en camino para buscar la "vida". Así como los entusiastas de tal epopeya emparentaron al héroe con todas las religiones y lo identificaron con los principales personajes históricos de la Antigua Alianza, Jensen envuelve en el mito babilónico hasta las figuras de Jesús y de San Pablo.

Guillermo Bousset, teólogo protestante, en su "Kyrios Christos" (*"Historia de la fe cristiana desde el principio del cristianismo hasta Ireneo"*, Göttingen), se esfuerza por refutar la doctrina de la resurrección de Cristo, alegando que los mitos de Tammuz, de Babilonia; de Adonis, de Siria; de Atis, del Asia Menor; de Osiris, de Egipto; de Melkar, de Tiro; de Heracles, de Tarso, todos hablan de un dios que padece, muere y resucita.

Esta teología no funda la fe sino en vivencias subjetivas, en las necesidades de la vida religioso-moral. Quiere sustituir la fe que se funda en la autoridad por la ciencia de la fe.

Lutero no hace más que inclinarse hacia esta corriente, pero Kant, Schleiermacher, Ritschl, etc., la siguen ya de lleno. El hombre saca de sí mismo el mundo de la religión, mundo que, naturalmente, subordina a sus intereses propios y objetivos.

Así se comprende la confesión que hace abiertamente un filósofo de la religión: "La cuestión central de la religión —aunque parezca una contradicción, es la pura verdad en sentido literal— no se refiere a Dios, sino al hombre. La idea de Dios no es más que una línea auxiliar que el hombre traza para hacer comprensible la propia vida en medio del mundo. La elevación hacia la divinidad en la oración no es más que un medio auxiliar con que el hombre, en medio de la lucha que ha de sostener por la vida, anhela conseguir unas fuerzas supraterrenales para asegurar sus intereses, egoístas o abnegados, materiales o espirituales, también allí —y precisamente allí— donde ve agotarse sus propias fuerzas" (BENDER, *"La esencia de la religión"*, Berna, 1886, pág. 22).

Spitta declara todavía con más claridad: "Creo en Dios tanto cuanto es necesaria esta creencia para mi vida... Creo en Dios por mí mismo, no por Dios".

La crítica radical proclamó que Cristo no había existido, y la teología puso manos a la obra para fraguar lo imposible: un cristianismo sin Cristo. En este taller de herrería todos andan de coronilla. Quieren sacar el cristianismo, no de los libros del Nuevo Testamento, sino que consideran el Nuevo Testamento como producto del cristianismo ya existente, como descargadero de sus doctrinas. Jesús no es un prerrequisito del cristianismo, sino que es su resultado, su producto, el que personifica todos los testigos.

Tanto si seguimos el método religioso comparativo de Drews, como si seguimos el movimiento de masas de Kalthoff, el resultado es el mismo:

solamente la fantasía colocó la figura de Jesús en la historia. El es la encarnación, la personificación de una idea; pero el cristianismo puede seguir existiendo sin la persona histórica de Cristo (lo asegura Drews); ha de seguir desarrollándose hasta llegar al *non plus ultra* de toda religión: el monismo. Del monismo es el porvenir. La vida del mundo es la vida de Dios; el desarrollo del mundo, lleno de luchas dolorosas, es la historia de la Pasión de Dios, que no redime al hombre, sino que ha de ser redimido de su desdicha por medio del hombre. Llegará un día en que cantemos victoria sobre todos los dolores del mundo; esto ocurrirá cuando el mundo se aniquile.

La corriente que negaba la divinidad de Cristo había de conducir también a la negación de su existencia histórica. Porque si se enseña que el cristianismo primitivo introdujo rasgos divinos en la imagen del Cristo histórico, con facilidad surgirá esta idea: ¿quién sabe si la persona, la vida, la existencia de Jesús no es más que un cuadro pintado? Los críticos liberales asesinaron al Cristo del Evangelio al arrancar de su frente la aureola de la divinidad; y el radicalismo mató al Cristo de los liberales al borrar su figura de la lista de los personajes históricos. Injustamente, tachan los primeros el trabajo de los segundos de "erupciones atrevidas del craso dilettantismo, cuya arbitrariedad y fantasía claman al cielo. Ya Strauss, al borrar del rostro de Cristo los rasgos divinos, apenas dejó unos rasgos históricos del Cristo del Evangelio. Ello era ya señal de que la figura secularizada de Cristo no podría mantenerse tampoco para la historia meramente humana.

* * *

Otros intentaron conservar el cristianismo aun *sin la persona de Cristo*. M. Rade, por ejemplo, escribe en *Zeitchrift fiir Theologie und Kirche* (1901): "Ya que hombres de verdadero talento afirmaron que Jesús no había existido (o, lo que viene a significar lo mismo, si vivió, nada sabemos de él, su existencia no tiene significado histórico, equivale a cero), nosotros, los teólogos dogmáticos, casi podemos agradecerles el habernos ayudado a formular una cuestión completamente ceñida. Ahora no decimos ya en general: ¿Qué hay de la certeza religiosa frente a la crítica histórica?, sino: ¿Qué relación hay entre la certeza religiosa del cristiano y la posibilidad de la inexistencia del Jesús histórico?" El autor,

PROFESOR P. V. SCHEMEIDEL, de un artículo titulado *"La persona de Jesús en la lucha de las opiniones del presente",* había ya manifestado: " Mí caudal religioso más íntimo no sufriría ningún detrimento si hoy tuviera que convencerme de que Jesús ni siquiera existió... Mi piedad no necesita ver en Jesús un modelo vivo de absoluta perfección; ni me turbaría si encontrara a otro que le hubiese superado, lo que en cierto sentido ha sucedido".

He ahí cómo la "única esperanza" de la humanidad, la figura del Redentor, se deshace en polvo entre las manos de los críticos radicales. Cristo es el fundamento de todo el cristianismo. Si se mueve esta *piedra angular*, todo el edificio del cristianismo se derrumba irremediablemente. La Sagrada Escritura, el único orgullo del antiguo protestantismo, hoy día ha sido rebajada al nivel de los libros sagrados de los pueblos orientales. Las doctrinas protestantes referentes al pecado original, a la redención, a los sacramentos, han tenido que amoldarse al espíritu de la época, y, aun cuando se ha conservado el nombre, cada cual puede entender lo que le da la gana. Han vaciado el cristianismo, lo han despojado de todas sus enseñanzas características; no es maravilla si llegan a la incredulidad.

Lo que se ha salvado todavía del destrozo —unas pocas palabras, unas pocas ideas referentes al amor, al Padre celestial, a la adopción divina— es también tan elástico y se presta a tan diversas interpretaciones que no hay corriente filosófica, por muy opuesta que sea, cuyos secuaces no puedan encontrarse a sus anchas en ese "cristianismo" aguado. Gnosticismo y agnosticismo, materialismo y espiritualismo, teísmo y panteísmo, mundo creado y mundo existente desde toda la eternidad, todas pueden encontrar cabida en él. La esencia del cristianismo es que Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos, y, además, hermanos unos de otros. "Aunque se tengan opiniones según el propio capricho, respecto de Dios, de la creación, del alma y del mundo, o, con mayor exactitud, opiniones acomodadas al grado de cultura, quienes se apropien los principios de mayor importancia antes indicados y vivan decididamente según los mismos, serán cristianos." Son palabras de Jean Réville, profesor de Teología protestante en París.

Y así, llegamos a la caricatura más espantosa del cristianismo: al *cristianismo ateo*. ¡¡Puede uno ser cristiano sin estar convencido de la existencia del Dios personal!! Uno de los representantes de la moderna teología protestante sentimentalista (W. BENDER) ya ha formulado su tesis, que derriba definitivamente toda religión: "El que la filosofía sea

deísta, panteísta, o teísta, o cualquier otra cosa, puede sernos a nosotros, los teólogos, completamente indiferente."

Cuando es más claro que la luz del sol que cae irremisiblemente toda religión si, con la ayuda de argumentos racionales que excluyen la duda, no es posible probar la existencia de un Dios personal que está fuera del mundo (trascendente). Kant, el filósofo del protestantismo, afirma que ello no es posible. Cuando en nombre del progreso todo lo han arrancado ya del Evangelio: juicio final, ángeles, milagros, la divinidad de Cristo, la satisfacción sustitutiva, la Santísima Trinidad, etc., y no queda más que el Padre celestial, viene Bouse y, en *"La esencia de la religión"*, nos dice que este Dios propiamente es... el mundo entero.

Se comprende que la incredulidad no ataque este sistema religioso.

En el año 1913, en París, en la Sala de Horticultura, de la calle Grenelle, se celebró un congreso religioso internacional (Congreso del progreso religioso). Entre los miembros del Congreso figuraban personas llegadas, por decirlo así, de todas las partes y de todos los pueblos del mundo, representantes de las más diversas religiones. Junto a indios y papúes, judíos y persas, la gran mayoría la constituían sacerdotes protestantes ingleses, alemanes, americanos y franceses. Todos los idiomas, todas las religiones, tenían sus representantes; solamente los católicos no lo tenían. ¿Qué habría hecho el catolicismo en ese caos, en esa Babel, cuyo objetivo oficialmente declarado era reunir "los representantes de la religión pura y de la libertad absoluta"?

No es raro que el protestantismo haya figurado con aplastante mayoría en ese Congreso, en que por pureza de religión se entendía la supresión de las verdades de fe y de las ceremonias exteriores y en que se dio de la religión esta definición tan general, que bien puede aceptar el ateo más empedernido: "La religión es una misma hambre y sed de justicia y de amor, de fraternidad humana y de respeto mutuo". Congresistas había que no reconocían a Cristo como Hijo de Dios ni tampoco admitían que Dios es un ser personal.

Ya Lutero empezó a restaurar la "pureza" de la religión en este sentido. Luego, Kant formuló categóricamente la tesis de que el culto de Dios, que se manifiesta también exteriormente, el culto propiamente dicho, carece por completo de valor, aun más, es un perjudicial; el verdadero servicio divino consiste en el cumplimiento del deber. Esta opinión persiste en la doctrina de los liberales actuales, que rechazan el culto

exterior, alegando que la piedad cristiana puede sentir en cualquier parte la presencia de la divinidad, no necesita lugares y acciones sagradas a propósito.

Al ver tanto destrozo, repetimos espontáneamente la cuestión que STRAUSS lanzó al mundo: *¿Somos todavía cristianos?* El sistema religioso del cual se destierra apriorísticamente el elemento sobrenatural y niega hasta la posibilidad del milagro y de la profecía, que no ve en Cristo al Hijo de Dios, que abre de par en par las puertas a las más encontradas doctrinas religiosas..., no puede pretender ya el nombre de cristiano.

Tal vez fue el destino del protestantismo en los lugares donde podían trabajar libremente los radicales. Su principio más cacareado, el principio de la libertad autónoma del pensamiento, que los llenaba de orgullo, el principio de la libre investigación, los precipitó a la perdición. Erigieron en juez de la verdad el estrecho horizonte del individuo, con sus caprichos, con sus inclinaciones secretas. Aquel cristianismo desgarrado, que todavía queda en el protestantismo, es la maldición mayor y el testigo más elocuente de las exigencias injustas de la desenfrenada libertad del pensamiento y de la investigación.

Repetimos que no afirmamos haya llegado a este extremo todo el protestantismo. Para afirmarlo tendríamos que dudar de la buena voluntad, del honrado esfuerzo y de la vida religiosa de grandes masas de creyentes. No tenemos ahora ante la vista la gran masa de fieles protestantes.

Pero sí hemos demostrado que la corriente radical, que desvalorizó los valores característicos del cristianismo, se ha metido de lleno en el protestantismo y lo amenaza de muerte, porque —queremos subrayarlo— *no tiene fuerza para arrojar de sí el virus de la descomposición*.

El protestantismo peligra no tanto por la existencia de falsas doctrinas como por la debilidad de la propia defensa. Las falsas doctrinas atacaron también a la Iglesia católica en todo el curso de la historia; mas el organismo de ésta dio pruebas de una salud vigorosa, luchó contra el mal y arrojó de sí la ponzoña. En cambio, el protestantismo no puede contra la descomposición, que va royendo sus entrañas. Con sus principies fundamentales ha suscitado los espíritus de la anarquía; y el desgraciado aprendiz de brujo ya no puede dominar ahora los desmanes de los espíritus evocados por arte de encantamiento.

Los que tienen la vista más aguda empiezan a dar la señal de alarma "Una ojeada que dirijamos a las luchas teológicas —escribe TROELTSCH

en *"Cultura de la época presente"*— renueva esa impresión de desgarramiento, que también en otros órdenes produce el moderno protestantismo. Sin duda, este desgarramiento es un estado que no puede durar eternamente. La situación es grave; grave para el protestantismo..., ya que la lucha por una cosa no menor que la gran vida, que está a punto de abandonar el cuerpo destrozado y anquilosado; grave también para la sociedad moderna..., a la cual no le quedaron más que una riqueza espiritual asaz menguada y unos sustitutivos religiosos sin eficacia".

Mas el defecto del protestantismo está precisamente en los cimientos. Los principios, llamados "protestantes" por excelencia, son los que más promueven su descomposición. Ya Hartmann lo vio claro al escribir: "Los reformadores no notaron que su fe en la infalibilidad de los escritos canónicos, fe que ellos se asimilaron con la leche materna, descansa exclusivamente en la infalibilidad de la Iglesia y en la tradición eclesiástica...; ni siquiera sospecharon que con la protesta lanzada contra la infalibilidad de la Iglesia y de la tradición iban socavando el terreno de los primeros (los escritos canónicos), y con tal proceder quitaban la primera piedra al edificio firme de la jerarquía, que luego, bajo la acción del tiempo, necesariamente ha ido derruyéndose, fragmentándose, piedra tras piedra" (*"El desgarramiento del cristianismo"*, V. Hartmann).

Fue una inconsecuencia y germen de nueva descomposición el hecho, de que Lutero, que negaba la síntesis del orden natural y sobrenatural, tal corno la pregona la Iglesia en la doctrina de los sacramentos (unos signos naturales comunican la gracia sobrenatural), con todo, conservó dos sacramentos. Al pasar el tiempo, con la negación gradual de la autoridad de los escritos sagrados había de decaer, corno es natural, también la fe en estos dos sacramentos; así se comprende que hoy día ya se pueda dudar —con fundamento— de la validez del bautismo administrado por muchos pastores protestantes, y que actualmente sean pocos entre los creyentes, que se acercan a la mesa del Señor, los que estén dispuestos a aceptar la afirmación de Lutero respecto de la consubstancialidad.

Junto al lecho del dolor en que yace el hijo, que hace cuatrocientos años tuvo de la casa materna, se presenta espontánea la ocasión de mostrar, con unas comparaciones más minuciosas, el edificio de la antigua casa solariega, resistiendo triunfalmente al embate de dos milenios. ¡Con qué pureza conserva las doctrinas del primitivo cristianismo! Y sin embargo, ya el día del primer Pentecostés empezó el ataque contra su Credo.

Mas la Iglesia nunca cejó en su fe, no consintió que se tocase una jota en sus creencias, ni siquiera cuando las atacaron, con la aspereza del genio griego, un Arrio, un Nestorio, un Eutiques; ni cuando se quiso reformar su credo con el filo de la espada, ni cuando la hería el sarcasmo tajante de los enciclopedistas. Y no está dispuesta a cejar ahora, cuando ve constantemente que se afilan las armas enemigas.

Mientras que el hijo pródigo, el protestantismo —que quiso conducir a sus secuaces a la tierra prometida de un cristianismo libre de dogmas— está vagando en el árido desierto de las negaciones, el catolicismo ve con santo orgullo que sólo él es atacado por corrientes destructoras; sólo él, porque es el único que conserva la figura de Cristo en la intacta pureza de los tiempos apostólicos, y no está dispuesto a borrar un solo rasgo de esta imagen. Su fe es firme como la roca que el maestro colocó en medio del oleaje.

Con justo título puede repetir: *"muchas veces me han asaltado los enemigos desde mi tierna edad, y a pesar de todo ¿no he llegado a una edad avanzada?"*

En vez de proseguir aduciendo detalles, contentémonos ya con las afirmaciones siguientes, del Dr. J. SCHMIDT:

"Junto a la cuna del protestantismo no se anunció que un día iría arrastrándose, sin fuerzas, tras el catolicismo. Y hoy se encuentra en este extremo. Quien fomenta y defiende la cultura ideal del espíritu es el catolicismo y no el protestantismo. La fuerza de las ideas, la idea de la espiritualización de la vida hincha y llena de vida tan sólo a la Iglesia romana...

"Hoy día, el catolicismo es el único poder capaz de dar mayor exquisitez espiritual a la vida, y únicamente de su fuente siguen manando aún hoy los ríos de agua viva que preservan de la extinción completa este proceso de espiritualización. El protestantismo cae víctima del historicismo paralizador, el catolicismo defiende la fuerza viva, activa del espíritu; el protestantismo ya no es capaz de oponer un dique a los afanes utilitarios y eudemonísticos de las masas, el catolicismo es un espíritu inconmovible, que ejerce su poderío sobre todas las capas del pueblo. Por esto ha vuelto a ser nuevamente un poder orientador y predominante de nuestro pueblo en todas las cuestiones importantes de la vida".

Al ver cómo se marchita el protestantismo, se nos viene a la mente la pregunta de San Agustín: "El miembro separado del cuerpo, ¿se lleva consigo también el alma?" (serm. 267 in die Pentec. 4). "No —contesta—

separado del cuerpo, perece." Tal amputación viene a ser el cisma o la herejía en el campo de la fe. Por consiguiente, si quieres vivir del Espíritu Santo —prosigue el Santo— guarda el amor, ama la verdad y anhela la unidad para poder llegar a la eternidad.

NOTA DEL EDITOR: Texto extraído del libro *EN LA VIÑA DEL SEÑOR*, de Mons. Tihamér Tóth.